

La sin ventura doña Beatriz

Escribe: ALBERTO MONTEZUMA HURTADO

Puso en un ejemplar de su Romancero de Yndias una gentil dedicatoria don Manuel Joseph de Arce y Valladares, gran señor, gran bardo guatemalteco, hombre de libros y estudios de historia y de español antiguo, al igual que fino diplomático y cultor de artes y de amistades, que se marchó rumbo al cielo cuando no era tiempo, porque ni arrastraba los pies ni acumulaba polvo de años en las arterias y demás atamientos y trenzaderas que le sirven de emparrado a la función orgánica de vivir. En este como en otros casos parecidos, no le cabe a quien sobrevive otro oficio que protestar y traslucir en las palabras y en el semblante la tristeza distendida en el reino interior.

Muchísima historia de su “dulcis Goathemala” conformó en romances don Manuel Joseph, dándole lo que por lo general historiadores y cronistas no están en estricta obligación de darle, a saber poesía, o dicho en otro vocabulario, música del alma, a la que presta ayuda el oído, lo mismo que en cualquiera delicada ejecución instrumentaria. Bien quisieran oír ahora algunos conquistadores las glorias que el romancista generoso les canta o las virtudes que como signos heráldicos les acomoda. Esos “omes que siembran sus besos - al par que las estocadas” se sentirían coronados de rosas a tiempo que de laureles.

Por fuerza y también en justicia, don Manuel Joseph había de incluir en su encajería romancera la estampa y los fechos Del Sor. Adelantado Dn. Pedro de Alvarado y Contreras, “fijo-dalgo —natural de Extremadura— varón de abolengo rancio”, de quien por encima del tiempo los vientos mueven remembranzas en la Guatemala de hoy y una o dos espadas se admiran en casa de atesoramientos, vulgo, museos. Qué de cosas dice del sujeto Alvarado el señor de Arce y Valladares, tantas y tan

deslumbrantes que cualquiera piensa en hombres venidos de constelaciones para esta baja tierra conquistar. Quédase ínfimo y aturdido el mortal humilde que a leer tales cosas se atreve: "Tan fuerte la su armadura - de oro y argento encrustados - que dixérase que tal - fizola el mesmo Vulcano. Tanto el primor e y el arte - de las labores del caso - que por luscillo, Amadís - diera más de mil ducados".

De manera que yo, para abrir un paréntesis en mi deslumbramiento, dejo por un instante el Romancero y paso a los libros que sobre la Provincia de San Vicente de Chiapa compuso el R. P. Predicador General Fray Francisco Ximénez, en donde encuentro que para la empresa de conquistar Goathemala don Fernando o don Hernán Cortés dióle a su brazo derecho Alvarado y Contreras "sobre trescientos soldados y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros y más de ciento y treinta y cinco de a caballo, cuatro tiros y mucha pólvora y un artillero que se decía fulano de Usagre y sobre doscientos Tlascaltecos y Cholultecos y cien mexicanos que iban sobresalientes". Y a la cabeza de ese ejército hizo guerra don Pedro a los naturales del Quiché y Utlatán y después a los de Quezaltenango. En los Llanos del Pinal la victoria estuvo a punto de quedar por los enemigos, según Bernal Díaz del Castillo, pero cambió el viento al morir en mano a mano con Alvarado, el cacique Tecum Uman, flor y nata de su tribu y su raza.

No es don Pedro de Alvarado el personaje de esta crónica, pero entre otras inevitables, mención merecen sus recursos de conquista, aunque todos hicieron lo propio de su oficio, esto es, utilizar la sangre y el fuego y adueñarse de valles y montañas en nombre de su rey lejano y desconocido, con el apoyo de frailes y golillas, y a veces con la presencia milagrosa del apóstol Santiago. Tenía, pues, espantosa manera de conquistar, cruelmente, salvajemente, como adalid de lo que podía ser una **bárbara civilización**. Crimen no hubo que no cometiera y su conducta no hizo más que prender en los indios llamas de venganza y la resolución de morir en combate por su propia defensa. Bernal Díaz, Fray Bartolomé de las Casas, el misionero dominico Antonio de Remesal, hablaron de Alvarado con erizamiento y a veces con náuseas. En el capítulo 20 de su Libro III de la Historia de la Provincia de Chyapa y Guatemala, el dominico discurrió así: "...con la venida de Alvarado se inquietó y alteró toda la tierra, y los miserables naturales pedían a los montes que cayesen

sobre ellos y los cubriesen, y a la tierra que los recogiese en sus entrañas para escapar de la furia que los amenazaba". Con razón, como ha de verse adelante, en el umbral de su muerte no le dolían a don Pedro las fracturas de su cuerpo, le dolía el alma, tal vez lo que realmente le dolía era la conciencia.

Derroteros distintos contempla el cronista y nada dirá por lo tanto, de otros atrevimientos y hazañas del conquistador ni de sus correrías por latitudes que originalmente no se vieron en su itinerario. Apenas ha de referir que un día partióse para España donde había acusaciones contra él, lo que se producía en abundancia entre conquistadores y otras gentes de las de entonces, por envidias, linderos, rivalidades, desarmonías e interpretaciones de la conducta de los unos y de los otros. Regresó con una segunda esposa, habiendo perdido la primera en La Veracruz; respondía al nombre de Beatriz de la Cueva y de ella habló mucho después atildado escritor guatemalteco, don Carlos Samayoa Chinchilla, con rico lenguaje y contagiosa emoción, como quien habla de la luz blanca de la luna y de los perfumes de la primavera. Su sede como Adelantado fue la naciente ciudad de Santiago de Guatemala y allí no se entretuvo don Pedro por mucho tiempo en los menesteres de la luna de miel y en otros consecuentes, cuidando en cambio la preparación de una entrada al reino de Michoacán donde procuraría echar bases de enlace con la China y las islas Molucas. E hizo planes, gastó dinero, construyó dos buques, adornándolos con "banderas de cuadra, flámulas y gallardetes". Y levando el ancla hacia fines de mayo de 1540, decidió de paso hacer pelea de escarmiento con los indios de Nochistlán que renegaban de la autoridad del virrey de Nueva España. Los habría sometido, dadas sus armas y sus invencibles calidades conquistadoras; pero cuando los hados quieren otra cosa, de nada vale interponerse y confiar en la lanza, la tizona y el arcabuz. Y de nada vale tampoco tratar de sacarle el cuerpo a un caballo que rueda de pronto por una pendiente, arrastrando todo lo que encuentra en los mortales tumbos que da. El Adelantado no alcanza a esquivar aquella especie de turbión animal que se le viene encima, con peso apabullante, y que la tradición recoge el suceso de cuyas consecuencias se ocupara el ánimo trovadoresco de don Manuel de Arce y Valladares: "Don Pedro está mal ferido - Nuestra Señora le valga! - Magüer aún vive, en su cuerpo - ya es la Muerte apo-

sentada. - Tiene molidos los miembros - tiene rotas las entrannas - de mancilla de miralle - non se domeñan las lágrimas”.

Gran tragedia el caballar aplastamiento de don Pedro de Alvarado! La lucida expedición se suspende y fracasa; Nueva España se conmueve y Guatemala se espanta, porque, en fin, la muerte ha de llegar un día, pero nadie la aguarda de esa manera, con tan horrendo espectáculo que no facilita labores de médico y apenas permite al agonizante dar poderes, en este caso al obispo Francisco de Marroquín, para “descargo de su conciencia”. Aquí habla el predicador fray Francisco Ximénez y dice: “Todo el tiempo que le duró la vida, todo fue dar gemidos y sollozos y pensando algunos que era del dolor del cuerpo, le preguntaban qué era lo que más le dolía y él con mucho arrepentimiento decía **el alma**, sin duda por los daños que había causado a tantos...”. El 29 de junio de 1540 dejaron de dolerle para siempre tanto el alma como el cuerpo. O quién sabe si el alma le arde, en vez de dolerle todavía!

No iban a quedarse a medio camino las malas noticias; dolorosamente las recibió en la Goathemala de Almolonga Su Merced Doña Beatriz de la Cueva; puñaladas verdaderas no le hubieran causado daño semejante. Las doncellas de su compañía, los pajes del Adelantazgo, la oyeron gritar en el día y en la noche y con pasmo y escalofrío escucharon el reclamo que en el colmo de la desesperación hizo de pronto en estos términos: “Por ventura tiene Dios más mal qué hacerme después de haberme quitado al Adelantado, mi Señor?”. Informada que el sitio de la desgracia era conocido como Sierras Negras y a fin de materializar la expresión de su duelo, con lodo de ese color extraído de los pozos de San Lucas Ychanchuch, mandó teñir paredes, puertas, ventanas, pisos y tejados y durante varios días rehusó probar bocado y juntar pestañas. En el Romancero de Yndias, tan citado y aplaudido, hay un romance para el drama de doña Beatriz, en que la desdichada dice muchas cosas de las que suelen partir el alma: “Desque sus oxos amados - desque su frente de luna - se apagaron para siempre - e no han de alumbrarme nunca - negra tornóse mi vida - negra de toda negrura - tenebrida está mi alma - sin esperanza nenguna!”.

Es notoria la dureza con que fray Ximénez afirma que pudo más la ambición de doña Beatriz que sus lágrimas, por cuanto sin mayor demora armó intriga y diligencia, con el fin de ser

designada gobernadora en reemplazo del difunto, y aunque contraviniera la voluntad del virrey Mendoza, de la Nueva España. Y lo fue "a los nueve días del mes de septiembre año del Señor de 1541 en la ciudad de Santiago de la Provincia de Guatemala, actuando los muy magníficos señores Gonzalo Ortiz e Cristóbal de Salvatierra, Alcaldes Ordinarios por Su Majestad, e Antonio de Salazar e el Comendador Francisco Zorrilla, Contador de Su Majestad, e Franco Lopez e Juan Pérez Dardón e Bartolomé Marroquín, Regidores en la Ciudad, por ante Antonio de Morales, Escribano Público de Cabildo". La viuda del Adelantado juró el cargo y firmó el acta de posesión con un apodo o pseudónimo que vino a representar su desvalida condición sentimental: La Sin Ventura doña Beatriz. El P. Ximénez cita en solo un párrafo al padre Vásquez y a los relatores Remesal y Fuentes y arma un casi alboroto alrededor de aquella firma que finalmente no fue más que una irradiación de melancolía y de real desventura, en suma, una crisis súbita e irreprimible de dolor.

El Ximénez en cuyas páginas me instruyo y documento, se muestra frío o despiadado y no se detiene en razonar y menos comprender el desamparo y el amor tan infaustamente sacudido de doña Beatriz. Si sería ardiente, dominador y hasta enfermizo por el don Pedro de la barba nutrida y rubia, y de la apostura campeadora como no lo fueron muchas de las físicas apariencias en Adelantados y otros capitanes de la Conquista! Al fin fraile y todavía un poco medieval don Francisco Ximénez, deshumanizado por las demasías en el servicio eclesiástico y asimismo completamente desaviado de experiencia en tan sutil y delicada materia. Con velada ironía subraya que en medio de sus llantos y tristezas doña Beatriz "entró en el regimiento y se hizo jurar por Gobernadora (desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre españoles de Indias)". Además de que, según él, profirió blasfemia, retando a Dios, y cometió actos reprobables por la moral católica y la modestia humana, de cuya sanción algún poder ineluctable sería encargado, haciéndose sentir sin lentitud ni misericordia. Preliminarmente y de pronto, las fuerzas meteorológicas dieron en abrir celestes compuertas y llovió por más de setenta y dos horas, sin interrupción, como si hubiera comenzado un segundo diluvio.

Viajero no existe que no pueda admirar el hermoso volcán que en aquellas edades remotas se llamaba **Hunapú** y ahora Volcán de Aguas. A nadie extraña ni intimida, de variados colo-

res agrícolas se visten sus faldas y paseantes hay que ascienden hasta su cima para contemplar desde allí infinitos y prodigiosos panoramas. Pero durante el breve gobierno de la Sin Ventura doña Beatriz, el **Hunapú** fue culpable de maligno comportamiento, porque prestó su cráter para recoger la mayor cantidad de lluvia, como si fuera una ánfora inconmensurable y hacia la media noche del 12 o 13 de septiembre, abrió su pared frontal, ni más ni menos que la puerta de una esclusa y dejó que el mar encerrado se desbordara por su ladera, arrastrando piedras, árboles, arena, zarzas, malezas y cuantos elementos de la naturaleza se hallaron al paso de la acuática avalancha. Que con apocalíptico estruendo y rapidez llegó a Santiago de Guatemala, y allí de las pilastras arrancadas de sus sillares, allí de los calicantos rotos y de las paredes penetradas, allí de los techos flotando y desintegrándose en el lomo revoltoso del agua. Y la noche por encima de todo, como un crespón negro y sin límites, horribilísimo, multiplicando la pavorosa de la catástrofe.

Dijo Fray Ximénez: “Era tanta la fuerza y golpe de agua que parecían las piedras y árboles que traía unos corchos sobreguados y toda esta agua vino sobre la ciudad siendo una de las primeras casas en que dio, la del Adelantado don Pedro, y llevóse del primer encuentro las paredes de la huerta con muchos naranjos y árboles que en ella había, y derribó otros aposentos de la casa... Con el grande ruido se había levantado de su cama doña Beatriz de la Cueva... y saliendo de la cámara donde estaba, pasóse a un Oratorio que tenía cerca, con otras once mujeres, y subióse encima del altar, abrazóse con una imagen y encomendóse a Dios”. El furor monstruoso de la avenida acabó con el Oratorio y con las mujeres que se refugiaron en él, pero no así con la cámara donde doña Beatriz en antes dormía, que quedó en pie, fenómeno que confundió aún más las entendederas de los sobrevivientes. “Son secretos de nuestro gran Dios”, se limitó a comentar fray Francisco Ximénez.

Refiriéndose al espantable acontecimiento, don Carlos Samayoa Chinchilla anota que no faltaron hipótesis de intervención sobrenatural entre quienes fueron sus testigos. “El número de españoles —agrega— que dejaron la vida pasó de seiscientos y mucho mayor fue el de los indios y negros. La ciudad quedó totalmente destruída y las calles y plazas tan inundadas de cieno que, en algunas partes, llegaba hasta las más altas puertas y ventanas”. Y don José Milla, cifra esclarecida de las letras guate-

maltecas, cuenta que “el sol del día siguiente alumbró en sus más tristes detalles aquel cuadro de desolación. Los afligidos moradores de Guatemala que habían escapado de la muerte y que no estaban heridos o contusos, se ocuparon, ante todo, en remover los escombros para extraer los cadáveres y salvar lo que fuese posible de sus intereses. De las ruinas del palacio del Adelantado se extrajeron los restos de doña Beatriz y los de las otras once señoras que con ella habían muerto. Se propagó entre los vecinos la idea de que aquellas expresiones que se dijo haber proferido la Sin Ventura al saber la muerte de su marido, fueron origen de la ruina de la ciudad, que se consideraba como un castigo del cielo. Impresionados con tal creencia, opinaban muchos, dice uno de los cronistas, que el cadáver de la Gobernadora debía ser arrojado a los perros como el de Jezabel...”. De tal afrenta lo salvó la sensatez del Ilmo. Sr. Dn. Francisco de Marroquín, que lo llevó en cambio, al reposo eterno junto al altar mayor de la iglesia catedral. Con los traslados posteriores de la ciudad, también los restos de doña Beatriz, como los de su marido don Pedro, mudaron de sepulcral domicilio, y es posible que sigan descansando en suelo sagrado hasta el día en que se consumen los siglos.

Al pie del Volcán de Agua, “estaba situada la primitiva capital del Reino” —dice don José Milla— “en el mismo sitio en que hoy vemos el pobre y miserable villorrio llamado Ciudad Vieja”. Sin embargo, los tiempos no se dejan dominar por el inmovilismo ni permanecen escondidos en las cuevas de sus recuerdos. Quintas modernas se alzan hoy, con jardines y sembradíos, en campos alegres, que carecen de memoria, al pie del volcán que por lo menos hasta el presente, no ha repetido nunca su oceánica intemperancia.

Y así halló la muerte la Sin Ventura doña Beatriz de la Cueva, efímera Gobernadora de la Provincia de Guatemala. Ventanas abiertas sobre el vacío se vieran acaso por mucho tiempo como tristes mementos de lo que fue su palacio, en paredes todavía verticales pero que se desmoronaron poco a poco hasta su postrer asolamiento, a las que se refirió el buen señor don Manuel Joseph de Arce y Valladares cuando dijo en un Scriptum de sus romances: “Tened el paso viaxeros - Esto es todo lo que queda - Del palacio de la triste - Donna Beatriz de la Cueva”.